

que Armiño termina su novela: "El sueño está desterrado, y en este exilio, lo humano colinda la tristeza, los deseos de amar, la impotencia, pero también la pulpa jugosa de la lucha, la vulva del amor, la posibilidad de estar con los otros". Y es que siempre, al final, sale la cara descarada de la esperanza. Si no, sólo quedarían las pistolas. ■ ROSA MARIA PEREDA.

como la respiración vital que exhalan unos textos enjutos, tensos: el hombre perdido por las callejas de la ciudad, a la búsqueda de su identidad personal, una identidad que alcanza momentáneamente en la contemplación del lomo grisáceo del mar, en la persecución del paisaje huidizo de la infancia, en el sabor áspero del vino o en el vagabundeo, al romper el día, por los suburbios de la metrópoli.

Estas imágenes, de extraña quemazón para el lector, se desprenden una y otra vez tanto de *Ara que és tard* como del anterior poemario, *Encara les paraules*, y, sin duda, a causa de su temblor visceral, de su alergia ante cualquier maximalismo ideológico, constituyen uno de los aspectos que más ha sorprendido a un lector fatigado ya de tanta versificación utópica o mesiánica.

La coincidencia ideológica,

incluso sensorial, entre Joan Vinyoli y la sensibilidad más adolorida del lector actual ha sido fruto de un ejercicio poético de casi cuarenta años: tiempo de experiencias destructoras a muy diverso nivel que, primero de manera tímida, luego ya de modo abierto, depositan su huella a lo largo de una praxis literaria siempre lenta, sobria, discreta. No podemos entender, así, el giro poético de Vinyoli acontecido, especialmente, en los años sesenta, sin tener en cuenta una serie de dolorosas peripecias en las que los vaivenes colectivos se mezclan con la conciencia herida del escritor: la guerra civil, la derrota, el largo, oscuro, subterráneo de la posguerra...

Precisamente la edición, aún reciente, de su *Poesía Completa* (2) nos ofrece, de modo panorámico, las diversas curvas creativas de la obra de Joan Vinyoli, así como, repito, su ruptura temática y formal, cuyas raíces podemos situar en los años cincuenta, aunque, por otra parte, es preciso reconocer que siempre ha sido propósito del autor un afán por la matemática colocación de la palabra poética, fruto, sin duda, del magisterio de Rilke y Carles Riba: *he de tornar a la llei / dels poemes antics i no deixar-me*

(2) *Poesía Completa (1937-1976)*, Ariel, Esplugas de Llobregat, 1975.

Joan Vinyoli o el encuentro con el presente

Tras largos años de hermética resonancia entre iniciados, sin apenas traspasar el reducto de los lectores profesionales de la literatura —agravado todo ello, además, por las dramáticas circunstancias en que ha debido desenvolverse la cultura catalana—, Joan Vinyoli está obteniendo actualmente un notable impacto entre un público, sobre todo juvenil, mucho más amplio. Así lo demuestra la acogida dispensada a *Ara que és tard* (1), su último libro, en el que sobresale tanto un sorprendente tratamiento de la imagen poética



Joan Vinyoli.

(1) Joan Vinyoli: *Ara que és tard*. Edicions 62, Barcelona, 1975.

Machado, prohibido en su tierra

Al sólo obtener autorización gubernativa para dos de los cinco actos que lo formaban, el Club Gorca de Sevilla ha decidido suspender un ciclo de homenaje a Antonio Machado en su centenario. El ciclo había comenzado con un desalojo: la primera intervención, del poeta Carlos Álvarez, coincidió con la huelga de maestros, que acudieron al Gorca con la intención de celebrar allí una asamblea. Llegó la Policía y desalojó a maestros y machadianos, y Carlos Álvarez se quedó con las ganas de continuar desde nuestro tiempo los versos apócrifos de "Pedro de Zúñiga".

El segundo acto no tuvo mayores inconvenientes, y los antiguos componentes del grupo gaditano Marejada pudieron recitar y musicar los poemas de don Antonio. Las mayores dificultades empezaron cuando Andrés Sorel pretendía hablar sobre "Antonio Machado y el compromiso histórico". Sorel nos contaría luego su diaria odisea de los actos culturales y la represión oficial:

—Llegas a una ciudad para dar una conferencia pensando en el permiso, si llegará o no llegará. Y al final no llega; y al otro día, en otra ciudad, esperando otra vez si dan o no dan el permiso...

Esta vez tampoco llegó el permiso, en la escalada de suspensiones y multas. Y cuando un responsable del Gorca se interesó en el



Gobierno Civil por la autorización, comprobó que también había sido vetada una mesa redonda sobre "Machado vivo", en la que habíamos de intervenir Manuel Barrios, José María Vaz de Soto, Manuel Laza, Rafael de Cózar, Manuel Carrasco y el autor de estas líneas. De todo un ciclo, sólo había quedado intacto un conferenciante, el profesor Antonio Rodríguez Almodóvar, por lo cual Gorca decidió por su parte suspender en aquel momento el frustrado homenaje a Machado en su tierra, donde apenas el centenario ha tenido por parte de la Sevilla real más respuesta que la del grupo poético Gallo de Vidrio, o la del Club Ceres.

En este contexto, pocos días después era difundido un escrito enviado anteriormente al ministro de la Gobernación con la firma de más de mil profesionales, artistas, intelectuales y profesores, en el que expresan "su consternación y enérgica protesta por las continuas restricciones que viene padeciendo nuestra ciudad y en general la región andaluza en el ámbito de las expresiones y manifestaciones culturales en cuanto aspiran a tener una amplia resonancia popular". ■ ANTONIO BURGOS.

endur / pels mots imprecisos. Salvador Espriu, por cierto, ha emplazado en 1951 los inicios de este cambio en la voz poética de Vinyoli a raíz de la publicación de *Les hores retrobades*, libro que "si lo leemos con atención, percibiremos el progresivo desengaño de un hombre que asiste al hundimiento del laborioso edificio de su idealismo".

Las palabras de Espriu sugieren, así, el itinerario lírico de Joan Vinyoli: en 1937 *Primer desenllaç*, con el estupendo poema *D'una terra*, que resume una poesía mentalizada en grado sumo, de dibujo preciso y casi geometrizado, y en la que la voluntaria frialdad queda, no obstante, agrietada en algún momento por las leves fisuras del dolor. Poesía que podríamos encuadrar, en fin, entre el frío autocontrol de Carles Riba, el optimismo terreno de Jorge Guillén y a lo lejos, como nube que mancha ligeramente este paisaje vítreo, la inquietud vital de Joan Maragall.

Sin embargo, dicho paisaje —una Catalunya exorcizada por cierto además esteticista— se hundiría por los mordiscos de la Historia: tras *Primer desenllaç* vendrá *De vida i somni* (1948), donde el afán por racionalizar los sentimientos y las imágenes es aún visible. Y tres años más tarde, *Les hores retrobades*, en cuyas páginas el pasado —el poeta es ya hombre maduro— gravita cada vez más con sus acusaciones, sus recuerdos, sus desintegraciones: primeros hundimientos geológicos en el paisaje inicialmente inmóvil de La Selva.

Después, con *El callat* (1956), las imágenes de la noche, el alateo negro de los pájaros, el fondo umbroso de los ríos, van poco a poco manchando de extraña inquietud los poemas: el autor, como confiesa en *El camí*, cae herido sota el pes de les ombres. No obstante, el paisaje aún muestra cierto lujo culturalista. Será precisamente con *Realitats* (1963) cuando aparezca ya la ciudad como ámbito temático, sustituyendo en parte al mundo rural: libro en el que no se halla ausente un cierto neorrealismo mediterráneo y en el que el anterior lirismo con sabores germánicos queda suplantada por los días, los trabajos, los juegos, el hastío de las gentes anónimas de la metrópoli.

Degradación del paisaje, en cierto modo, que corresponde a las llagas que un tiempo tanto

histórico como subjetivo van creando en la sensibilidad del poeta, ahora más alerta que nunca, como lo demostrarán sus últimos libros, *Tot és ara i res* (1970), *Encara les paraules* (1973) y *Ara que és tard* (1975).
■ LAUREA BONET.

El problema del catolicismo liberal

Con este subtítulo el profesor José Luis Abellán aborda en el amplio prólogo del libro, *Memoria Testamentaria*, de don Fernando de Castro (1), el interesante problema del catolicismo liberal en España durante el siglo XIX.

Dos personas —J. L. Abellán y Elías Díaz— están contribuyendo muy serena y documentadamente a darnos una faz objetiva del fenómeno, que cada vez se descubre como más importante y decisivo en nuestra Historia contemporánea, del krausismo.

Deformados como estábamos por las duras e injustas palabras

(1) Fernando de Castro: *Memoria Testamentaria*. Ed. Castalia. Madrid, 1975.



Fernando de Castro.

de Menéndez Pelayo contra su fundador, don Julián Sanz del Río, apenas hemos dado ninguna importancia a este fenómeno, sobre todo en estos últimos y cerrados cuarenta años que hemos vivido de nacional-catolicismo. Nos parecía esta postura una especie de rareza de un pequeño grupo de ilusos que se habían salido de la Iglesia católica desde el primer momento de su vida pública.

Ahora —gracias a los estudios de estos especialistas— empezamos a saber la verdad histórica: esos grandes pensadores y educadores llamados krausistas fueron profundamente cristianos y pretendieron defender en nuestro cerrado país un catolicismo liberal, al estilo del difundido tan ampliamente en el siglo XIX en Francia y Bélgica por el Abbé Lamennais, el dominico padre Lacordaire, el seglar conde de Montalembert y el obispo Dupanloup. La fuerza de los retrógrados ultramontanos, allende nuestras fronteras, no pudieron acallar totalmente esas voces de la Iglesia francesa, salvo en el caso de Lamennais, que se salió de la comunidad católica, falto de resistencia psicológica para recibir serenamente los embates del catolicismo reaccionario francés. Hoy, sin embargo, puede contar con esas tres figuras ejemplares la Iglesia francesa, allí donde en la nuestra no podemos basarnos en ningún testimonio parecido, porque ninguno de los que empezó como católico liberal pudo llegar hasta el final coherente con su convicción mantenida dentro de la Iglesia.

Abellán demuestra que los fundadores de la *Institución Libre de Enseñanza* —el fruto

